

Conceptualización, léxico y gramática*

Los principios de traducibilidad y sinonimia

Francisco J. Salguero Lamillar

Universidad de Sevilla
salguero@us.es

11.1. Conceptualización

Las lenguas son sistemas de comunicación con un alto grado de complejidad, que responden a características cognitivas propias de la especie humana. A pesar de la gran cantidad y variedad de sistemas de comunicación que se dan en el mundo animal, ninguna otra especie está capacitada para adquirir y utilizar un sistema lingüístico similar al lenguaje natural humano, ni siquiera las especies más próximas genéticamente a la nuestra.

Hemos de suponer, sin embargo, que las habilidades comunicativas de la especie humana no son un hecho aislado en la naturaleza, si las consideramos desde principios evolutivos. Parece probable que otras especies de homínidos tuvieran capacidades cognitivas similares a las del *Homo Sapiens*, si bien no nos han dejado rastros lingüísticos que permitan aseverarlo con rotundidad. Pero del comportamiento de especies como el *Homo Neanderthalensis* o el *Homo Ergaster* —deducido a partir de su capacidad craneal, sus habilidades técnicas o, incluso, del trato que dispensaban a sus semejantes muertos, entre otros hallazgos— podemos inferir que también su comportamiento comunicativo pudo ser similar al de nuestra especie. Eso no significa que, estructuralmente, los sistemas lingüísticos de estos otros seres humanos se asemejaran a los actuales, pero sí apunta a que su capacidad de abstracción era grande, lo que equivaldría a un número importante de signos utilizados como un código. Aún así, ¿es esto suficiente para afirmar que poseían un

* Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto *La dinámica del conocimiento en el ámbito de las ciencias sociales: abducción, intuición e invención* (AIB2010PT-00106), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España.

lenguaje como el nuestro y capacidades análogas de conceptualización? Probablemente, no.

La conceptualización es un proceso por el cual el individuo se representa una realidad más o menos compleja en su mente, sin que por ello se identifiquen necesariamente el concepto y su representación. Un mismo concepto puede dar lugar a más de una representación en el mismo individuo o en individuos distintos, sin perder su carácter general. Esto es posible gracias al lenguaje, que da unidad y generalidad a la vez a los conceptos, al serles asignados signos que forman parte de un sistema más complejo, dentro del cual se establecen relaciones en distintos niveles.

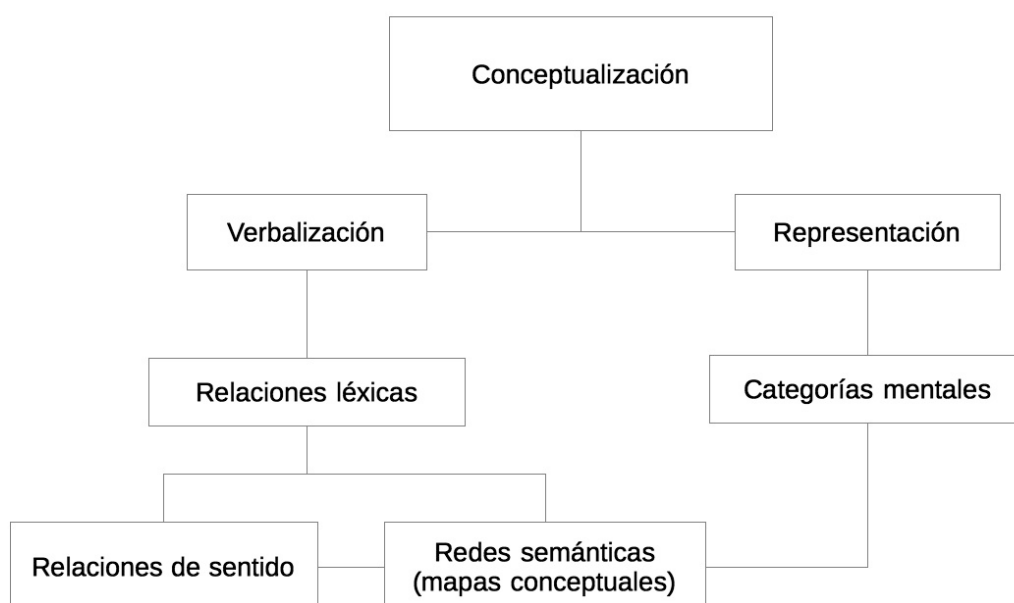


Figura 11.1. Conceptualización

El proceso de conceptualización tiene dos vertientes autónomas: una representación mental —que depende de las estructuras cognitivas del individuo, de sus capacidades perceptivas y de su desarrollo psíquico y neurológico— y una verbalización —que depende de las estructuras léxicas y gramaticales de la lengua del individuo y de su competencia lingüística. Esta última, la verbalización, da lugar a la generación de categorías mentales, propias de la representación mental del concepto, a través de las relaciones léxicas que se dan en forma de relaciones de sentido (campos semánticos) y de las redes semánticas que están vinculadas con ellas. De este modo, la verbalización de los conceptos interviene también en la representación mental de los mismos por parte

del hablante. Pero, ¿cómo podemos entender este proceso desde la perspectiva del lenguaje, las lenguas y su gramática? Propongamos algunas ideas fundamentales al respecto.

11.2. Las lenguas son códigos... y algo más

El lenguaje natural humano se concibe como una facultad propia de la especie que permite a los individuos adquirir y utilizar un sistema lingüístico complejo para comunicarse con otros individuos de su mismo grupo cultural. A estos sistemas lingüísticos complejos los denominamos *lenguas*. Las lenguas son, por tanto, sistemas complejos que, por una parte, dependen máximamente de las capacidades cognitivas del ser humano, pero que también se encuentran íntimamente ligados a unas culturas y unos grupos sociales determinados, por otra.

Una de las características más evidente y definitoria de estos sistemas lingüísticos —de las lenguas— es que pueden concebirse como un sistema de signos extenso y ampliable. Sin entrar en disquisiciones semióticas, el sistema de signos de una lengua es un código con un gran nivel de sofisticación.

Estos signos son arbitrarios, en el sentido de que no es posible establecer ningún tipo de relación material —ya sea de semejanza formal o estructural, ya sea de causa-efecto— entre el significante y el significado. Por otra parte, se transmiten tradicionalmente de una generación a la siguiente, manteniendo un alto grado de semanticidad, lo que significa que los mismos signos son usados por varias generaciones con el mismo significado, garantizándose de este modo la transferencia de conocimientos y de representaciones mentales de unos individuos a otros, contemporáneamente o a través del tiempo.

La que antecede es la descripción saussureana de la lengua como sistema de signos, asimilable al concepto acuñado por Durkheim de *hecho social*. La lengua consiste, según esta concepción, en un código de signos arbitrarios (símbolos) cuyos significantes se relacionan con el significado conceptual de los mismos y nunca con sus referentes. El nivel del significante es material (la imagen acústica del signo surge de su percepción), en tanto que el nivel del significado se encuentra en un plano mental (el concepto). Claro que Saussure no cae en el psicologismo, desde el momento en que otorga al grupo social y a la educación (la transmisión tradicional) todo el poder sobre la relación convencional entre el significante y el significado. Y, sin embargo, es una postura fundamentalmente idealista, pues el concepto debe preceder al signo lingüístico para que uno o varios individuos le den carta de naturaleza semiótica,

esto es: debe ser anterior y totalmente independiente del sistema de la lengua.

Sin embargo, ningún sistema lingüístico conocido se agota en el código ni se limita a las relaciones semióticas entre los elementos de este, a cuyo conjunto lo llamamos *léxico*. Es más, lo que hace realmente complejo a un sistema lingüístico, a una lengua, es que los elementos del léxico se estructuran ellos mismos conforme a reglas propias del sistema y ajenas a otras realidades sociales o culturales, además de combinarse entre sí para dar lugar a nuevos signos más complejos estructuralmente mediante reglas de naturaleza recursiva. Al conjunto de estas reglas lo denominamos *gramática*.

Si tuviésemos que abreviar diríamos que no hay lengua sin gramática, aunque tampoco hay lengua sin código. O mejor, que no hay lengua sin gramática ni gramática sin código. Desde luego, lo que define al lenguaje natural humano frente a otros sistemas de comunicación no es su carácter simbólico, pues hay muchos otros códigos que no pueden considerarse lenguas por sí mismos. Lo realmente definitorio es que las lenguas son sistemas de signos gramaticalizados, lo que aporta al lenguaje natural humano unas capacidades comunicativas y una creatividad conceptual ilimitadas. Esto no es un obstáculo para que el léxico de una lengua represente un papel importantísimo en la formación de las categorías mentales de los individuos, como dijimos más arriba, aunque siempre a través del sistema.

Podemos, por tanto, establecer la siguiente conjetura y analizarla: los conceptos representados en la mente de un hablante no son independientes de la lengua, sino que hay una relación entre estos, el léxico y la gramática.

11.3. Léxico y relaciones léxicas

Desde un punto de vista semiótico, el léxico de una lengua se compone fundamentalmente de palabras. El concepto de palabra, sin embargo, no es unívoco desde esta perspectiva. Podemos preguntarnos si “amor” y “amar” son dos palabras distintas en cuanto a la representación mental de su significado o si remiten a un mismo concepto. La mayoría de los hablantes de español considerarían estos signos como dos palabras distintas, no ya por la diferencia de significante, ni siquiera por una diferencia sustancial en su significado, sino por pertenecer a categorías gramaticales diferentes. La perspectiva semiótica, por tanto, se ve necesariamente integrada en la gramatical.

Esto es aún más evidente si comparamos dos formas distintas del verbo, por ejemplo “amaste” y “amabas”. En este caso, la distinción

que haría a un hablante considerarlas dos palabras distintas no sería categorial, sino de significado; pero de un significado gramatical, no léxico, como es el aspecto verbal. Claro que entonces, y siguiendo este mismo criterio, ¿qué cabría decir de la forma “has amado”, es una única palabra o son dos?¹

Definir con claridad qué es una palabra requiere necesariamente la gramática como trasfondo, sin que sea posible hacerlo correctamente desde un punto de vista semiótico, sin más. Aún así, es evidente que las palabras son signos, pero también lo es que su definición involucra al menos tres niveles distintos:

1. El nivel semiótico, que relaciona un significante con un significado: (esp.) “asterisco”=*, (al.) “untersuchungen”=||investigaciones|| (el significado correspondiente al vocablo español expresado entre barras).
2. El nivel morfofonológico, en el que se producen los procesos de formación y delimitación de las palabras: (esp.) $[sol_{(N)} + \emptyset]_{(N)}$, (al.) $[unter_{(P)} + such_{(V)} + ung + en]_{(N)}$, (mand.) $[ma+ \nearrow]_{(N)} / [ma+ \searrow]_{(V)}$ ².
3. El nivel sintáctico-categorial, en el que las palabras adquieren su valor como signos propios de un sistema en el que pueden combinarse con otros signos para formar signos más complejos: (al.) $[_N unter[_N [_V such[ung - en]]]]$.

Si nos atenemos a estos tres niveles, es un hecho que la mayor parte del léxico de una lengua —precisamente la parte del vocabulario que conforma un catálogo abierto y ampliable (principalmente verbos, nombres y adjetivos)— mantiene relaciones semánticas entre sí. Estas relaciones dan lugar a los denominados *campos semánticos*. Se trata de relaciones paradigmáticas, basadas en el significado denotacional de las palabras y en su estructura morfofonológica y categorial. Entre ellas podemos distinguir principalmente dos tipos:

¹ Podríamos seguir argumentando en esta línea, aduciendo formas polisintéticas del verbo en español, que incluyen sus objetos directos e indirectos o sus formas pronominales o reflexivas, como “dámelo”, “viniéndoseme”, “tomármela”, etc. Y, sin necesidad de recurrir a lenguas *exóticas*, podemos plantearnos cuántas palabras hay en las formas verbales perifrásticas del portugués con pronombres clíticos, como “dar-to-ei” (te lo daré) o “ter-to-ia dado” (te lo habría dado); o si las formas contractas del inglés funcionan como una categoría o como dos —o incluso tres— distintas en casos como “ain’t no mountain high enough” (no hay montaña lo suficientemente alta).

² Las flechas indican el tono como marca morfofonológica del mandarín, ascendente o descendente en estos ejemplos.

1. Relaciones implicativas, que se establecen sobre la denotación (o significado referencial) de las palabras pertenecientes a una determinada categoría. Estas relaciones también se llaman *relaciones de sentido* y son, fundamentalmente, las siguientes:
 - a) Hiponimia: $\|A\| \longrightarrow \|B\|$ (el referente de la expresión A pertenece a la denotación de B . En este caso se dice que A es hipónimo de B y que esta otra expresión es el hiperónimo de A ; todas las palabras que comparten un mismo hiperónimo forman parte del mismo campo semántico y las denominamos cohipónimos de B).
 - b) Sinonimia: $\|A\| \longleftrightarrow \|B\|$ (los referentes de dos expresiones cohipónimas A y B son los mismos).
 - c) Antonimia absoluta: $\|A\| \longleftrightarrow \|\neg B\|$ (los referentes de dos expresiones cohipónimas A y B son complementarios).
 - d) Antonimia relativa: $\|A\| \longrightarrow \|\neg B\|$ (dadas dos expresiones cohipónimas A y B , el referente de A no pertenece a la denotación de B).
2. Relaciones estructurales, que se establecen entre palabras que comparten un mismo morfema léxico sobre el que se producen los principales procesos morfológicos (flexión y derivación) y fonológicos. Así, el campo semántico del pan incluiría todas las palabras derivadas del lexema $pan_{(N)}$ (“panecillo”, “panadero”, “panadería”, “panificar”...) así como sus flexiones (en el caso del español, solo la flexión de número, que da lugar al término en plural “panes”)³; o el campo semántico del verbo $dar_{(V)}$, que incluiría todas las formas de su conjugación verbal así como aquellas palabras derivadas de su raíz (incluida su raíz latina original): “dación”, “dádiva”, “dadivoso”, “donativo”...

Claro que las relaciones léxicas no se agotan en el concepto de campo semántico. Las relaciones estructurales e implicativas que se dan entre los elementos léxicos de una lengua pueden extenderse más allá del significado denotacional de dos formas diferentes.

La primera tiene que ver con las palabras que no pertenecen a las categorías léxicas —las categorías ya mencionadas de verbo, nombre y adjetivo—, sino a las categorías gramaticales; palabras que no tienen denotación (en apariencia) ni admiten flexión ni derivación (normalmente), por lo que no entrarían en relaciones paradigmáticas de sentido ni en relaciones morfofonológicas con el resto del léxico. Son palabras como los determinantes (artículos, demostrativos, posesivos, cuantifica-

³ En latín, por ejemplo, tendríamos también todas las diferentes formas de su declinación por casos: *panis*, *panes*, *panem*, *panium*, *pane*, *pani*, *panibus*.

dores), las preposiciones, algunos adverbios deíticos y las conjunciones. Pero, ¿realmente están aisladas desde el punto de vista del significado? Si observamos el uso de estas palabras, comprendemos inmediatamente varias cosas:

- que estas palabras son necesarias para que las expresiones más complejas (frases, oraciones, fragmentos de discurso) adquieran sentido y sean correctamente interpretables
- que algunas de estas palabras se relacionan estructuralmente con otras palabras por su origen (“aunque” < “aún que”) o por su significado (“ni” = “y no”)
- que algunas de estas palabras también se relacionan implicativamente con otras expresiones de categoría léxica:
 - el sí de las niñas = la aprobación de las niñas
 - pros y contras = aspectos favorecedores y desfavorecedores
 - no hay pero que valga = no hay excusa (o duda) que valga⁴

La segunda está relacionada con el enriquecimiento léxico y conceptual que se produce mediante las relaciones sintagmáticas que dan lugar a solidaridades léxicas y unidades fraseológicas, lo que comúnmente se denomina “frases hechas”. Expresiones como “levar anclas”, “estirar la pata” o “cabeza de turco” remiten a significados y conceptos distintos de los que se derivan de su estructura sintagmática. Bastaría con aplicar un simple proceso de sustitución paradigmática en cada una de ellas para comprobar que su significado va más allá de la composicionalidad: “levantar anclas”, “estirar la pierna”, “cabeza de húngaro”.

Sin embargo, esto no implica que las frases hechas o los idiomatismos se encuentren completamente al margen de las reglas de estructura de frase, tanto por lo que se refiere a su análisis sintagmático como por lo que respecta a su interpretación: “*anclalevar” (=zarpas), “[?]patiestirarse” (=morirse), “cabeza turca” (≠inocente culpado falsa o injustamente). De estas tres formas, “*anclalevar” es incorrecta por no ser aceptable como composición por incorporación nominal, “[?]patiestirarse” quedaría al margen del uso y de la fuerza fraseológica de “estirar la pata” y “cabeza turca” tendría un significado completamente distinto al de la expresión original a la que nos referimos.

En definitiva, el léxico de una lengua no conforma un conjunto de relaciones arbitrarias entre un significante y un significado, sin más, sino que involucra una serie de relaciones semánticas y gramaticales que ayudan a conformar el significado conceptual en la mente de los hablantes.

⁴ En inglés, por ejemplo, la expresión correspondiente incluye tres conjunciones que flexionan como nombres en plural, incluso: *no ifs, ands or buts about it*.

Todas estas relaciones tejen una malla que da lugar a distintos mapas conceptuales en la mente de los usuarios de la lengua.

Estos mapas conceptuales se enriquecen, además, mediante relaciones de *mapping* que se producen entre dominios distintos. Cada mapa conceptual realiza la función de uno de estos dominios y entre ellos se definen nuevas relaciones implicativas, como las relaciones de *meronimia*, que funcionan estructuralmente de forma análoga a las relaciones de hiponimia, pero que dan lugar a un nuevo tipo de relaciones *metonímicas* y *metafóricas* de enriquecimiento léxico y conceptual.

11.4. Los principios de traducibilidad y sinonimia

11.4.1. El Principio de traducibilidad y la hipótesis Sapir-Whorf

Atendiendo a lo anteriormente expuesto podemos concluir, por tanto, que el significado del léxico no es independiente del sistema lingüístico al que pertenece. Por ello, los conceptos asociados a las palabras de una lengua deben mantener asimismo una relación de dependencia del sistema completo en el que ese léxico cobra significado, pues no es posible aislarlo de las relaciones semánticas y gramaticales de la lengua, como hemos dicho.

Esta conclusión puede hacernos pensar que sistemas lingüísticos distintos deben dar lugar a categorías mentales diferentes en los usuarios de dichos sistemas, por lo que los mapas conceptuales de dos hablantes de diversas lenguas no coincidirían en un alto porcentaje de casos, porcentaje que se incrementaría con la diversidad estructural de dichas lenguas: a mayor diversidad estructural, menor coincidencia conceptual. Este planteamiento, que puede rastrearse en la historia del pensamiento entre filósofos, antropólogos y lingüistas, no es, sin embargo, correcto, desde nuestro punto de vista.

En primer lugar, si asumimos que dos lenguas léxica y gramaticalmente distintas dan lugar a mapas conceptuales y categorías mentales divergentes, no podríamos asumir al mismo tiempo el siguiente principio:

Principio de traducibilidad: Todas las lenguas poseen recursos para expresar significados similares que van más allá del código.

Este principio es básico si partimos de la hipótesis de que ninguna lengua es capaz de expresar significados imposibles de expresar en otra

lengua, por distinta que esta sea. La negación de este principio de traducibilidad supone aceptar las consecuencias más radicales del denominado *Principio de relatividad*, cuya expresión más conocida se debe a Benjamin Lee Whorf (1956).

Whorf, discípulo de Edward Sapir, concluyó, a partir de los estudios comparados y tipológicos de algunas lenguas amerindias y sus culturas, que la observación de la realidad física depende de las categorías lingüísticas que manejan los observadores, hasta el punto de que dos observadores distintos cuyos fundamentos lingüísticos (*linguistic backgrounds*) no sean similares o equiparables (*calibrated*) tampoco accederán a la misma representación mental o a la misma concepción del universo a partir de una misma observación empírica. Esta conclusión, conocida como *Hipótesis Sapir-Whorf*, parte de la idea de la relatividad cultural entre individuos de distintas etnias y lenguas y del hecho de que la concepción del mundo aparejada a culturas distintas requiere, según su opinión, distintos recursos lingüísticos para ser expresada⁵:

“We dissect nature along lines laid down by our native language. The categories and types that we isolate from the world of phenomena we do not find there because they stare every observer in the face; on the contrary, the world is presented in a kaleidoscope flux of impressions which has to be organized by our minds —and this means largely by the linguistic systems in our minds. We cut nature up, organize it into concepts, and ascribe significances as we do, largely because we are parties to an agreement to organize it in this way —an agreement that holds throughout our speech community and is codified in the patterns of our language. The agreement is, of course, an implicit and unstated one, BUT ITS TERMS ARE ABSOLUTELY OBLIGATORY; we cannot talk at all except by subscribing to the organization and classification of data which the agreement decrees.” (Whorf 1956: 213–214)

Es en este acuerdo lingüístico, cuyos “términos son absolutamente obligatorios” una vez aceptado, en el que se basa para afirmar categóricamente el principio fundamental de esta concepción relativista de la comprensión y la formación de conceptos en función de las categorías lingüísticas propias de un hablante:

⁵ Esta idea de la relatividad conceptual lingüística fue expuesta anteriormente por otro discípulo de Edward Sapir, Harry Hoiyer, quien se interesó por las lenguas atabascanas y documentó ampliamente el tónkawa, una lengua amerindia ya extinguida, aunque también podríamos remontarnos al fundador de la antropología estructural norteamericana, Franz Boas e, incluso, al pensamiento lingüístico-cultural de Wilhelm von Humboldt.

“We are thus introduced to a new principle of relativity, which holds that all observers are not led by the same physical evidence to the same picture of the universe, unless their linguistic backgrounds are similar, or can in some way be calibrated.” (Whorf 1956: 214)

Los lingüistas han interpretado este principio en dos sentidos: han hecho una interpretación fuerte según la cual dos hablantes de dos lenguas distintas poseen igualmente distintas concepciones del mundo que hacen que sus percepciones (y por tanto sus mapas conceptuales) sean también completamente diferentes e incommensurables; y una interpretación débil que establece que las representaciones mentales de los hablantes de una lengua vienen determinadas por las categorías y las estructuras (gramaticales y léxicas) de dicha lengua, sin que esto imposibilite al individuo para otras representaciones mentales o mapas conceptuales distintos.

Ahora bien, si negamos el *Principio de traducibilidad*, estaremos dando carta de naturaleza a contenidos que pueden ser expresados en una lengua con un léxico y una gramática concretos, pero que son inexpressables (intraducibles) en una lengua con léxico y gramática distintos (o sea, todas las demás). Lo que significa, a la postre, que las representaciones mentales relacionadas con las estructuras de una lengua cualquiera no se corresponden con las relacionadas con otra lengua diferente, que es tanto como admitir la interpretación fuerte de la hipótesis Sapir-Whorf del *Principio de relatividad*.

Esta interpretación radical se encuentra con dos problemas, principalmente. El primero de ellos es la evidencia de que un hablante de una lengua fuente *A* puede ser comprendido y traducido (mental y lingüísticamente) por otro hablante de una lengua meta *B*. De otro modo, ¿cómo podría el hablante de la lengua germánica inglesa Benjamin Whorf llegar a ninguna conclusión a partir de los datos de la lengua amerindia hopi, de la que no es hablante nativo?

El otro problema es más radical aún. Sabemos que los bebés (y también algunos animales, como los chimpancés) son capaces de categorizar y, por tanto, conceptualizar, antes de haber adquirido el léxico y la gramática de una lengua (o sin posibilidad de adquirirlos, como en el caso de los primates). En lo que respecta a los seres humanos, además, el proceso de adquisición del lenguaje da lugar a unas capacidades creativas que van más allá del simple aprendizaje del significado léxico y de la mera repetición de las, a veces deficientes, estructuras lingüísticas con las que los bebés están en contacto⁶, lo que implica un pensamiento propio

⁶ Chomsky (1988) se ha referido a estos dos fenómenos como el *Problema de Descartes* y el *Problema de Platón*.

y unos mapas conceptuales anteriores y, por tanto, independientes, de la lengua. Esta creatividad se expresa posteriormente como conocimiento de la gramática —incluso al margen del conocimiento técnico de las características gramaticales de la lengua materna— en la competencia lingüística del hablante (lengua-I), capaz de expresar contenidos y de generar estructuras nunca antes observadas en la actuación lingüística de otros hablantes (lengua-E)⁷. Dada esta creatividad lingüística innegable, el rechazo del *Principio de traducibilidad* afectaría igualmente a los contenidos expresables por distintos hablantes de una misma lengua, y no solo a los expresables por hablantes de lenguas diferentes, por lo que acabaríamos admitiendo un solipsismo radical en la comunicación humana, contra toda evidencia.

11.4.2. El Principio de sinonimia y la indeterminación de la traducción radical

El *Principio de traducibilidad* supone la existencia de un principio aún más básico que permite la equiparación conceptual de dos expresiones *A* y *B* pertenecientes a sistemas lingüísticos diferentes —o incluso al mismo sistema lingüístico. Puede definirse del siguiente modo:

Principio de sinonimia: Dos expresiones son sinónimas sólo si tienen el mismo valor cognitivo en la mente del hablante.

El *Principio de sinonimia* apela a criterios psicológicos (cognitivos) y no meramente estructurales. Si apelase a criterios estructurales (léxico-gramaticales), dos expresiones de lenguas distintas, por definición, jamás podrían tener el mismo valor funcional, ya que los campos semánticos de dos lenguas difícilmente coinciden, como tampoco coinciden las relaciones gramaticales, categoriales o de sentido. En este hecho y en la indeterminación empírica de la percepción se basó el filósofo norteamericano Willard van Orman Quine para criticar las teorías del significado conceptual basadas en contenidos psíquicos.

Para Quine, no se puede asignar un único significado a palabras y oraciones al margen del contexto y la situación. Por tanto, dice él, no puede darse una definición operativa de la noción de *sinonimia*. Se

⁷ Los conceptos *lengua-I* y *lengua-E* se deben a Noam Chomsky (1986), quien los introdujo para diferenciar la lengua exteriorizada propia de la actuación lingüística —esto es, la evidencia lingüística aportada por los hablantes de una lengua— de la lengua interiorizada, entendida como la competencia lingüística de los hablantes —es decir, el sistema de conocimiento que el hablante adquiere y que le permite ser máximamente creativo y máximamente comprensivo de su lengua materna.

trata de un desarrollo de los principios de composicionalidad y contextualidad fregeanos⁸ que va más allá de la semántica, al vincular el significado de las expresiones con los presupuestos teóricos de los que depende la observación empírica. Esta incapacidad de definir operativamente el concepto de sinonimia ilustra, según Quine, su *Principio de indeterminación de la traducción*, para lo que propone el experimento mental de la *traducción radical*, esto es, “la traducción del lenguaje de un pueblo al que se llega por vez primera”. (Quine 1960: 28)

En el experimento mental sobre la traducción radical del vocablo *gavagai* lo que nos encontramos es un análisis del *Principio de relatividad* de Whorf construido sobre hipótesis en lugar de datos lingüísticos reales. Quine concluye que solo se puede hablar significativamente de sinonimia interlingüística dentro del discurso de algún sistema concreto de hipótesis analíticas, lo que implica que el significado es máximamente dependiente del sistema y de las hipótesis sobre las que se basa la relación entre expresión, observación y comportamiento. Sin la ayuda de “formas verbales emparentadas” o de “correspondencias tradicionales cristalizadas al paso de una cultura compartida”, la sinonimia interlingüística no es posible más que como parte de un sistema de hipótesis analíticas, lo que imposibilita la traducción en su forma más completa y fidedigna:

“Just as we may meaningfully speak of the truth of a sentence only within the terms of some theory or conceptual scheme (cf. §6), so on the whole we may meaningfully speak of interlinguistic synonymy only within the terms of some particular system of analytical hypotheses.” (Quine 1960: 75)

En definitiva, para él la traducción radical se basa en la ilusión de que las sentencias son “encarnaciones verbales de alguna proposición o significación intercultural, cuando en realidad es mejor verlas como meras variantes de un mismo verbalismo intracultural” (Quine, 1960: 76). Por tanto, el sistema es preeminente sobre los contenidos mentales y la misma observación a la hora de establecer un principio de equivalencia entre expresiones basado en la relación de sinonimia. Se trata, pues, de una versión fuerte de la Hipótesis Sapir-Whorf, ya que la traducción entre expresiones no sería posible en su totalidad al margen del sistema lingüístico en el que son generadas.

Por una parte, mediante el *Principio de indeterminación de la traducción (radical)*, Quine está defendiendo la importancia del sistema de la lengua a la hora de otorgar significado al léxico, importancia

⁸ Para la importancia de ambos principios y su relevancia en la teoría general del significado desde el punto de vista de la lingüística, cfr. Salguero (2010).

que ya hemos resaltado anteriormente. Pero por otra parte, al negar el *Principio de sinonimia*, Quine está defendiendo implícitamente la interpretación fuerte del *Principio de relatividad* whorfiano, y además está haciendo depender de categorías mentales no verbalizables en algún sistema lingüístico el significado conceptual de las expresiones, de donde se sigue la existencia independiente de conceptos y expresiones lingüísticas y, de aquí, necesariamente, la existencia de un lenguaje interior o del pensamiento ajeno a la lengua. Nuevamente, por distinta vía, estamos ante la postulación de una teoría solipsista del significado conceptual⁹.

11.5. El significado como concepto

Podemos definir los conceptos como categorías complejas en la mente de los hablantes de una lengua. El origen de estas categorías puede ser diverso, como los psicólogos, los epistemólogos y los filósofos de la mente saben, pero en todo caso son fundamentales para la representación mental de la realidad (externa o interna del hablante) y la comprensión del mundo. Sin conceptos básicos no es posible filtrar la realidad en conceptos complejos de alto nivel, lo que queda de manifiesto en la adquisición del lenguaje por los niños, el aprendizaje y la educación mediante el estudio, las definiciones y las descripciones lingüísticas de dichos conceptos de alto nivel —términos conceptuales científicos como *función recursiva*, *quark*, *bosón*, *epitelio*, o términos más generales como *descubrimiento*, *tozudez*, *ningunear* que no pueden ser comprendidos a menos que se apele a conceptos más básicos anteriores.

El origen de estos conceptos básicos es, normalmente, el caballo de batalla de la epistemología, en cuanto que son los conceptos primitivos a partir de los cuales pueden definirse todos los demás mediante mecanismos puramente lingüísticos. El debate acerca de su origen y de su relación con el léxico de las lenguas ofrece luz a los problemas anteriormente planteados sobre la traducibilidad y la sinonimia. ¿Existen mapas conceptuales básicos que, respetando las relaciones léxicas fundamentales y las estructuras gramaticales propias de las lenguas, puedan ser considerados universales?

⁹ El experimento mental de Quine y su argumento de una cultura intraducible ha sido criticado también desde el punto de vista antropológico por suponer la preeminencia de la cultura abarcadora (en este caso, la occidental) sobre la cultura cerrada e inaccesible desde dicha cultura abarcadora. Véase, por ejemplo, Robert Kirk (1986: 250) o David Murray (1991: 11–12).

Una aproximación a esta cuestión es la aportada por el estudio de los universales semánticos. Un buen ejemplo lo ofrecen los trabajos de Anna Wierzbicka (Wierzbicka 1972, 1996) sobre los primitivos semánticos que pueden encontrarse en todas las lenguas y que supondrían el léxico básico sobre el que definir el resto de conceptos expresables en esas lenguas, mediante léxico, unidades fraseológicas o estructuras sintagmáticas más complejas.

Cliff Goddard (2002: 14) ha propuesto unos primitivos semánticos basados en trabajos previos de Wierzbicka. Estos primitivos no son palabras, sino conceptos —expresados en inglés, en el ejemplo— que tendrían una expresión sinónima en cualquier lengua y cultura. En todo caso, estos conceptos se verbalizan mediante *unidades léxicas* en las distintas lenguas, no necesariamente mediante simples lexemas, y estas unidades léxicas dependen morfológica, semántica y gramaticalmente de los sistemas lingüísticos a los que pertenecen, lo que no impide que compartan significados y que den lugar a idénticas representaciones mentales en los hablantes de las distintas lenguas (Cruse 1986: 77–78).

Substantives: I, YOU, SOMEONE, PEOPLE, SOMETHING/THING, BODY
 Determiners: THIS, THE SAME, OTHER
 Quantifiers: ONE, TWO, SOME, ALL, MUCH/MANY
 Evaluators: GOOD, BAD
 Descriptors: BIG, SMALL
 Mental predicates: THINK, KNOW, WANT, FEEL, SEE, HEAR
 Speech: SAY, WORDS, TRUE
 Actions, events and movement: DO, HAPPEN, MOVE
 Existence and possession: THERE IS, HAVE
 Life and death: LIVE, DIE
 Time: WHEN/TIME, NOW, BEFORE, AFTER, A LONG TIME, A SHORT TIME, FOR SOME TIME
 Space: WHERE/PLACE, HERE, ABOVE, BELOW, FAR, NEAR, SIDE, INSIDE
 Logical concepts: NOT, MAYBE, CAN, BECAUSE, IF
 Intensifier, augmentor: VERY, MORE
 Taxonomy, partonomy: KIND OF, PART OF
 Similarity: LIKE

Figura 11.2. Primitivos semánticos propuestos por Goddard

Otra aproximación importante proviene de la lingüística cognitiva, que plantea la existencia de esquemas de pensamiento básicos contra los que las expresiones lingüísticas adquieren sus significados fundamentales. Según este planteamiento, comprendemos conceptos, no palabras, aunque nuestras capacidades lingüísticas de verbalización, propias de

nuestra especie, se encuentran entre los factores que permiten la adquisición y el desarrollo de esos conceptos.

Atendiendo a la evidencia suministrada por los mecanismos de adquisición del lenguaje en los seres humanos y por los datos obtenidos sobre la competencia lingüística de los hablantes de una lengua dada (lengua-I) a partir del análisis del comportamiento comunicativo y la actuación lingüística de dichos hablantes en un buen número de contextos y situaciones (lengua-E), podemos postular que los conceptos básicos necesarios para dotar de significado a la inmensa mayoría de las expresiones de una lengua —tanto las expresiones ya conocidas como las que son completamente nuevas para el hablante— provienen originalmente de la percepción y de la aplicación de relaciones de *mapping* analógicas sobre el conjunto de nuestras percepciones actuales y pasadas. Los estados de la mente almacenados en nuestra memoria a largo plazo, a los que el individuo accede cuando necesita interpretar un concepto, una experiencia o una observación por analogía, actúan como si fuesen *atractores perceptuales* en una memoria dispersa y distribuida que funciona como una memoria asociativa (Kanerva 1988).

Por supuesto, los atractores perceptuales y las relaciones de *mapping* correspondientes pueden cambiar de un individuo a otro y de una cultura a otra, pero los esquemas analógicos necesarios para interpretarlos son los mismos en todos los seres humanos. A veces se pone como ejemplo de relatividad cultural la existencia en determinadas lenguas de campos semánticos “exóticos” desde el punto de vista de un hablante de español. Por ejemplo, según Fray Domingo de Ara en su *Vocabulario de la lengua tzeldal* hay veinticinco formas léxicas distintas para el verbo llevar en la lengua maya tzeltal.

Esta variedad léxica puede aparentar un interés excesivo de los hablantes de tzeltal por establecer diferencias semánticas en relación con la acción denotada por el verbo español “llevar”. Y, sin embargo, si indagamos en el vocabulario de la lengua española, nos encontramos con que este campo semántico no es escaso, ni mucho menos: *llevar, traer, acarrear, arrastrar, portar, trasladar, transportar, conducir, dirigir, congrega, tirar, empujar, meter, introducir, insertar, sacar, extraer, devolver, levar, izar...*

La diferencia entre los campos semánticos relacionados con el concepto LLEVAR entre el tzeltal y el español es su delimitación cognitiva, el esquema conceptual básico que funciona como atractor perceptual para las distinciones semánticas. En el caso del tzeltal, el atractor perceptual es la relación entre el objeto movido (paciente) y el cuerpo del sujeto del movimiento (agente): dónde o cómo se transporta algo. En el caso del español, en cambio, el atractor perceptual que da lugar a las dife-

- | | |
|--------------------------------|-----------------------------------|
| 1 en la espalda (cuch) | 2 en los hombros (q'uech) |
| 3 en la cabeza (pach) | 4 sobre el hombro (cajnuc'tay) |
| 5 bajo el brazo (lats') | 6 en el bolsillo (chup) |
| 7 en forma de bulto (tom) | 8 en los brazos (pet) |
| 9 en la palma de la mano (nol) | 10 sobre un hombro (jelup'in) |
| 11 en el puño (nop') | 12 en un recipiente (lat') |
| 13 por un extremo (lip') | 14 en una bolsa (chuy) |
| 15 en una cuchara (lup) | 16 entre las dientes (cats') |
| 17 arriba (tuch) | 18 levantado (toy) |
| 19 dejando colgar (lic) | 20 objeto en espiral (bal) |
| 21 objeto enrollado (ch'et) | 22 ayudando con las manos (chech) |
| 23 con pinzas (lut') | 24 varias cosas juntas (yom) |
| 25 por el cuello (pich') | |

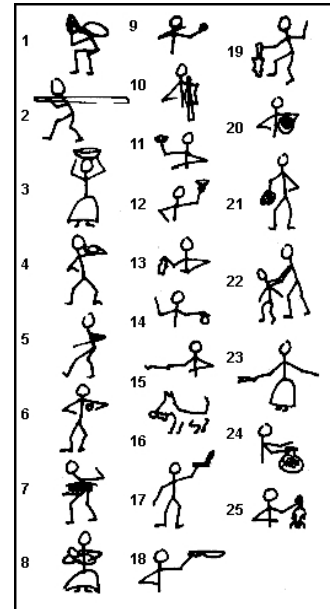


Figura 11.3. Campo semántico del verbo llevar en tzeltal según PROEL (Promotora Española de Lingüística) a partir de Fray Domingo de Ara, *Vocabulario de la lengua tzeldal según el orden de Copanabastla* (Domingo de Ara 1986)

rencias semánticas entre los distintos verbos del campo, es la forma y la dirección del movimiento por la actuación del sujeto (papel temático de agente) sobre el objeto directo (papel temático de paciente). Ambos esquemas cognitivos son representables en las mentes de los hablantes de español y de tzeltal y sus lenguas tienen recursos para expresarlos, si no mediante un único elemento léxico, sí mediante procesos morfosintácticos como la derivación o las relaciones sintagmáticas: *ch'et* es llevar un objeto enrollado, al igual que *trasladar* es llevar un objeto de un lugar a otro.

Si alguien aún no está convencido de que traducibilidad y sinonimia son perfectamente posibles entre el tzeltal y el español, basta con reflexionar sobre una tercera lengua que también usa el mismo esquema cognitivo del español para la delimitación del campo semántico definido por el concepto LLEVAR, pero que usa mecanismos gramaticales distintos. En inglés podemos encontrar varios elementos léxicos en este campo semántico, menos que en español, lo que hace de esta última lengua una lengua tan “exótica” para una mentalidad anglosajona como el tzeltal: *bear*, *bring*, *carry*, *take*... Claro que el inglés ha adoptado también elementos léxicos de raíz latina como *insert*, *extract*, *introduce*... Pero el recurso gramatical de la lengua inglesa para expresar los mismos significados conceptuales del español es otro, la composición frasal: *bear down*, *bear out*, *bear up*, *bring along*, *bring around*, *bring*

back, bring down, bring forth, bring forward, bring in, bring off, bring out, bring together, bring up, bring upon, carry away, carry forward, carry off, carry on, carry out, carry over, carry through, take along, take apart, take around, take aside, take away, take back, take down, take for, take from, take in, take off, take on, take out, take over, take through, take to, take up, take upon... Todas estas formas frasales, y algunas más que se nos habrán quedado en el tintero, basan su significado en el esquema cognitivo cuyo atractor perceptual fundamental es la dirección del movimiento, aunque dentro de su campo semántico también puedan desarrollar significados alternativos por analogía basados en la metáfora o la metonimia. Nada diferente de lo que pasa en español y en tzeltal, por otra parte. ¿Cuál es la lengua exótica, entonces? ¿Dónde radica la esencial indeterminación conceptual que habría de suponer la intraducibilidad de estos vocablos al español, por ejemplo? ¿Por qué negar la sinonimia de la expresión inglesa “take off” y los verbos del español “sacar” o “arrancar”, habida cuenta de que asumimos los principios fregeanos de composicionalidad y contextualidad, y a pesar de que en ciertos contextos la relación de sinonimia se establezca con otro verbo distinto como “despegar”? ¿No responde “despegar” al mismo esquema cognitivo que el verbo “conducir” o el verbo “dirigir”, pero con un cambio en la forma y la dirección del movimiento —desde la tierra hacia el cielo, desde abajo hacia arriba— junto a la idea de separación? ¿Qué lengua no puede expresar eso mismo, qué ser humano no es capaz de concebirlo debido a su cultura o a las características léxicas y gramaticales de su lengua?

Muchos ejemplos se han dado en la literatura lingüística, antropológica y filosófica para demostrar el relativismo semántico, conceptual y, por ende, cultural. Pero si les aplicamos los criterios anteriores y los principios de traducibilidad y sinonimia llegamos a la misma conclusión: las diferencias léxicas y los distintos recursos gramaticales de las lenguas no escapan a esquemas cognitivos universales, esquemas que, además, se encuentran en la base del conocimiento lingüístico de los hablantes, lo que hace que dichas diferencias no se trasladen a la mente como incommensurables conceptuales. Más bien al contrario, los sistemas lingüísticos, por distintos que sean, son equiparables desde el punto de vista de la expresabilidad, lo que permite al lingüista, al antropólogo y al filósofo entender las expresiones de una lengua diferente de la suya y representarse mentalmente conceptos análogos a los conceptos propios de sus hablantes, si bien su verbalización en la lengua meta requerirá de recursos que pueden diferir, pero que tampoco son tan distintos: la morfología flexiva y derivacional, la composición, la estructura de frase.

Así, por ejemplo, en bukidnon occidental (lengua austronesia de Filipinas), existe una forma verbal para el concepto MIRAR, que realiza la función de hiperónimo del campo semántico al que pertenecen otros elementos léxicos, cuya traducción al español incluye los atractores perceptuales que definen los esquemas cognitivos necesarios para su interpretación:

<i>aha</i>	mirar algo
<i>pantew</i>	mirar hacia abajo algo a distancia
<i>dungul</i>	mirar hacia abajo algo cercano
<i>lingaha</i>	mirar algo hacia arriba
<i>ligu</i>	mirar hacia atrás por encima del hombro
<i>sulew</i>	mirar fuera a través de una ventana o de una abertura grande
<i>siniling</i>	mirar a través de un pequeño agujero o grieta
<i>bantey</i>	mirar de pasada hacia donde se realiza una actividad
<i>suri</i>	mirar intensamente hacia donde se realiza una actividad
<i>surareng</i>	mirar algo de vez en cuando
<i>tengteng</i>	mirar algo rápidamente
<i>mehil</i>	mirar algo cercano durante largo tiempo

Figura 11.4. Campo semántico del verbo mirar en bukidnon occidental según Luque Durán (1998: 132) a partir de Hohulin (1986: 45)

Los conceptos asociados a los distintos verbos del bukidnon son tan claros para un hablante de español como el concepto MIRAR asociado al significado del primero de los verbos: *aha*. Cada una de las expresiones del español define el concepto asociado a cada uno de los elementos léxicos anteriores exactamente en el mismo sentido que el concepto que delimita todo el campo semántico, aunque estas expresiones no sean elementos léxicos individuales sino unidades sintagmáticas.

Lo mismo podemos decir de los verbos pertenecientes al campo semántico andar en shona (lengua bantú del sudeste africano), a pesar de que en esa lengua no hay una única forma verbal para el concepto ANDAR, esto es: no existe un término hiperónimo del campo semántico. Sin embargo, los esquemas cognitivos que representan el significado de cada una de las formas se basan en la idea del desplazamiento de un ser humano por sus propios medios, tan concebible en shona como lo es en español —lengua en la que tenemos los verbos “andar” y “caminar”— o en inglés —en la que existe el verbo “walk”.

<i>chakwair</i>	andar con un ruido de chapoteo a través de un sitio embarrado
<i>chwakatik</i>	andar con un ruido de ramas rompiéndose
<i>dowor</i>	andar durante un largo periodo con los pies desnudos
<i>donzv</i>	andar con un palo
<i>duduk</i>	andar de espaldas
<i>kokonyar</i>	andar inclinado con la espalda arqueada
<i>kunzvur</i>	andar incesantemente de un sitio para otro
<i>mbey</i>	andar rodeando un lugar
<i>mbwembwer</i>	andar agitando el cuerpo o las nalgas
<i>minair</i>	andar con un contoneo de caderas
<i>panh</i>	andar un largo trecho
<i>pfumbur</i>	andar levantando polvo
<i>pushuk</i>	andar con un vestido muy corto
<i>rauk</i>	andar dando grandes zancadas
<i>rindimar</i>	andar altivamente
<i>s eser</i>	andar con las carnes agitándose
<i>shwitair</i>	andar desnudo o casi desnudo
<i>svavair</i>	andar arropado con frío y humedad
<i>tabvuk</i>	andar como un saltamontes, con los muslos tan delgados que uno parece estar saltando
<i>vefuk</i>	andar inclinado por una carga pesada

Figura 11.5. Campo semántico de andar en shona según Luque Durán (1998: 135) a partir de Comrie & al. (1996: 89)

11.6. Conclusión

En definitiva, parece que los conceptos que manejamos y que se encuentran tras el significado de las expresiones lingüísticas —ya sean éstas unidades léxicas, ya sean estructuras sintagmáticas más complejas— no son sino esquemas generales basados en nuestras experiencias y en los atractores perceptuales que las conforman, una de cuyas fuentes es el propio lenguaje, aunque no la única, ni mucho menos. Siguiendo a Douglas Hofstadter podemos afirmar que la totalidad de los conceptos que tenemos no son, esencialmente, más que un ramillete bien atado y empaquetado de analogías:

“[...] the shift is to suggest that every concept we have is essentially nothing but a tightly packaged bundle of analogies, and to suggest that all we do when we think is to move fluidly from concept to concept —in other words, to leap from one analogy-bundle to another— and to suggest, lastly, that such concept-to-concept leaps are themselves made via analogical connection, to boot.” (Hofstadter 2001: 500)

Por ello, tanto cuando nos encontramos ante expresiones de una lengua fuente distinta de la nuestra, como cuando estamos ante expresiones de la propia lengua proferidas por otro hablante, lo que hacemos al interpretarlas es traducir unas categorías complejas en otras mediante relaciones de *mapping* analógicas. Nuestro léxico mental (el *lexicón* que como hablantes de nuestra lengua materna hemos aprendido y el uso particular que hacemos de él) define espacios semánticos difusos —*espacios mentales* en términos de Fauconnier (1984)— en los que las categorías complejas se relacionan entre sí dando lugar a los conceptos propios de un individuo. Estos conceptos son compartidos con la comunidad de usuarios de la lengua, pero también son propios del individuo en tanto que dependen de las relaciones léxicas y conceptuales de las que es capaz y de los atractores perceptuales que hayan dado lugar a las mismas en su mente.

La comunicación, por tanto —interlingüística o intralingüística, lo mismo da— se comprende de este modo como un proceso metafórico de transporte de categorías complejas de una mente a otra. Empaquetamos nuestras categorías mediante el lenguaje y el receptor las desempaqueta, añadiéndolas al conjunto de sus atractores perceptuales. Es decir, la comunicación es una traducción de metáforas de una mente a otra (independientemente de que se realice entre dos lenguas o en una sola), y estas metáforas forman parte de nuestra lengua y de nuestra cultura en la misma medida en que se basan en esquemas cognitivos fácilmente universalizables.

Referencias

1. Chomsky, N. (1986). *Knowledge of Language: Its Nature, Origin and Use*. New York: Praeger.
2. Chomsky, N. (1988). *Language and Problems of Knowledge. The Managua Lectures*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
3. Comrie, B., Matthews, S. & Polinsky, M. (1996). *The Atlas of Languages*. New York: Facts on File.
4. Croft, W. & Cruse, D. A. (2004). *Cognitive Linguistics*. Cambridge: Cambridge University Press.
5. Cruse, D. A. (1986). *Lexical Semantics*. Cambridge: Cambridge University Press.
6. Cruse, D. A. (2004). *Meaning in Language*. Oxford: Oxford University Press.
7. Fauconnier, G. (1984). *Espaces mentaux. Aspects de la construction du sens dans les langues naturelles*. Paris: Les éditions de minuit.
8. Fray Domingo de Ara. *Vocabulario de la lengua tzeldal según el orden de Copanabastla*. Edición de Mario Humberto Ruz, México: UNAM, 1986.

9. Goddard, C. (2002). "The search for the shared semantic core of all languages". En Cliff Goddard and Anna Wierzbicka (eds), *Meaning and Universal Grammar — Theory and Empirical Findings*. Volume I. Amsterdam: John Benjamins, pp. 5–40.
10. Hofstadter, D. (2001). "Analogy as the core of cognition". En Gentner, D., Holyoak, K. J. & Kokinov, B. N. (eds.), *The Analogical Mind: Perspectives from Cognitive Science*. Cambridge Mass.: The MIT Press/Bradford Book, pp. 499–538.
11. Hohulin, E. L. (1986). "The Absence of Lexical Equivalence and Cases of its Asimmetry". *Lexicographica* 2: 43–52.
12. Kanerva, P. (1988). *Sparse Distributed Memory*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
13. Kirk, R. (1986). *Translation Determined*. Oxford: Clarendon Press.
14. Luque Durán, J. D. (1998). "Introducción a la tipología léxica". En Gallardo Paúls, B. (ed.), *Temas de lingüística y gramática*, Valencia: Universitat de València.
15. Murray, D. (1991). *Forked Tongues. Speech, Writing and Representation in North American Indian Texts*. Bloomington & Indianapolis: Indiana University Press.
16. Quine, W. v. O. (1960). *Word and Object*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
17. Salguero Lamillar, F. J. (2010). "A validade do(s) Princípio(s) de Frege na análise da linguagem natural". *Kairos* 1: 43–54.
18. Whorf, B. L. (1956). *Language, Thought and Reality. Selected Writings of Benjamin Lee Whorf*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
19. Wierzbicka, A. (1972). *Semantic Primitives*. Translated by Anna Wierzbicka and John Besemeres. Frankfurt: Athenäum Verlag.
20. Wierzbicka, A. (1996). *Semantics: Primes and Universals*. Oxford: Oxford University Press.